

INVITACIÓN A HEBREOS

El autor del libro de Hebreos no dice su nombre ni a quién está enviando la carta. Pero el libro en sí revela mucho sobre quién la escribió, por qué, y a quién la está enviando.

Queda claro que los destinatarios son judíos que han llegado a creer en Jesús como su Mesías. Enfrentan persecución y están en peligro de abandonar la fe. El autor espera que estén familiarizados con detalles específicos de la historia y las costumbres de Israel, y también se dirige a ellos como seguidores de Jesús. Parece que han vivido en Italia, ya que el autor les envía saludos de *los de Italia*, es decir, sus amigos de allá quienes ahora están viajando por otros lugares del Imperio Romano.

El libro parece haberse escrito antes del año 70 d. de C., cuando se terminaron los sacrificios judíos con la destrucción del templo en Jerusalén, ya que pregunta que si los sacrificios pudieran justificarnos con Dios, *¿no habrían dejado ya de hacerse sacrificios?* Indistintamente de cuáles hubieran sido los detalles específicos de su situación, los destinatarios parecen tener la opción de escapar de la persecución identificándose como judíos en lugar de seguidores de Jesús.

El autor les advierte que no hagan eso. Les explica que por medio de Jesús, Dios ha establecido un *nuevo pacto* que revela el significado y cumple los propósitos del pacto que Dios había previamente establecido por medio de Moisés. Ahora Dios quiere que el pueblo le pertenezca a él por medio de este nuevo pacto.

Para convencer a sus lectores de esto, el autor de Hebreos alterna entre enseñanzas —tales como repasos de la historia de Israel y los arreglos del culto en el templo— y retos basados en las verdades que estas enseñanzas revelan. El libro está esencialmente compuesto de cuatro pares de enseñanzas-exhortaciones (aunque concluye con otra sección ulterior que describe las implicaciones prácticas de sus verdades para la vida comunitaria juntos). Desarrolla estos cuatro temas:

: Jesús es mucho mayor que los ángeles, y por lo tanto, así la salvación que anunció es mucho mayor que el *mensaje anunciado por los ángeles*, esto es, en la ley de Moisés (páginas 291-293).

: Jesús es nuestro *apóstol* (lo cual significa que es alguien enviado por Dios con una misión específica). Los apóstoles Moisés y Josué llevaron al pueblo de Israel a la tierra prometida y hacia el reposo de Dios, pero la tierra prometida y el reposo de Jesús nos llevan hacia una tierra mucho mayor (páginas 293-295).

: Jesús es nuestro *sumo sacerdote*, y su apoyo desde esta posición de abogacía por nosotros es mucho más eficaz que la de los sacerdotes designados por la ley de Moisés (páginas 295-302).

: Debemos corresponder a todo lo que Dios ha hecho por medio de Jesús dando el paso de *fe*, es decir, viviendo a la luz de las realidades celestiales que no se ven. Esto es lo que las personas de fe han hecho a través de las edades, ya que ellas han esperado que Dios reúna el reino celestial con el terrenal una vez más (páginas 302-306).

La primera sección es realmente un preludio, y la cuarta sección es una aplicación de las anteriores. El núcleo del libro, por lo tanto, se encuentra en la segunda y tercera secciones. Estas secciones se introducen intencionalmente con la declaración: *Por lo tanto, hermanos, ustedes que han sido santificados y que tienen parte en el mismo llamamiento celestial, consideren a Jesús, **apóstol** y **sumo sacerdote**.*

El objetivo de todo el libro es demostrar que las realidades finales que Dios ha revelado en el nuevo pacto son vastamente superiores a las temporales del antiguo pacto. Se anima a los lectores a corresponder a cada situación, incluyendo la amenaza de persecución, a la luz de una nueva realidad revelada por Jesús el Mesías. Esto significa que no debe buscarse refugio en una identidad anterior, sino más bien estar dispuestos a sufrir si es necesario para permanecer fieles a Jesús. El autor anima a sus lectores a permanecer fieles recordándoles que ellos están *recibiendo un reino incommovible*.

| HEBREOS |

Dios, que muchas veces y de varias maneras habló a nuestros antepasados en otras épocas por medio de los profetas, en estos días finales nos ha hablado por medio de su Hijo. A éste lo designó heredero de todo, y por medio de él hizo el universo. El Hijo es el resplandor de la gloria de Dios, la fiel imagen de lo que él es, y el que sostiene todas las cosas con su palabra poderosa. Después de llevar a cabo la purificación de los pecados, se sentó a la derecha de la Majestad en las alturas. Así llegó a ser superior a los ángeles en la misma medida en que el nombre que ha heredado supera en excelencia al de ellos.

Porque, ¿a cuál de los ángeles dijo Dios jamás:

«Tú eres mi hijo;
hoy mismo te he engendrado»;

y en otro pasaje:

«Yo seré su padre,
y él será mi hijo»?

Además, al introducir a su Primogénito en el mundo, Dios dice:

«Que lo adoren todos los ángeles de Dios.»

En cuanto a los ángeles dice:

«Él hace de los vientos sus ángeles,
y de las llamas de fuego sus servidores.»

Pero con respecto al Hijo dice:

«Tu trono, oh Dios, permanece por los siglos de los siglos,
y el cetro de tu reino es un cetro de justicia.
Has amado la justicia y odiado la maldad;
por eso Dios, tu Dios, te ha ungido con aceite de alegría,
exaltándote por encima de tus compañeros.»

También dice:

«En el principio, oh Señor, tú afirmaste la tierra,
y los cielos son la obra de tus manos.
Ellos perecerán, pero tú permaneces para siempre.
Todos ellos se desgastarán como un vestido.
Los doblarás como un manto,
y cambiarán como ropa que se muda;
pero tú eres siempre el mismo,
y tus años no tienen fin.»

¿A cuál de los ángeles dijo Dios jamás:

«Siéntate a mi derecha,
hasta que ponga a tus enemigos
por estrado de tus pies»?

¿No son todos los ángeles espíritus dedicados al servicio divino, enviados para ayudar a los que han de heredar la salvación?

Por eso es necesario que prestemos más atención a lo que hemos oído, no sea que perdamos el rumbo. Porque si el mensaje anunciado por los ángeles tuvo validez, y toda transgresión y desobediencia recibió su justo castigo, ¿cómo escaparemos nosotros si descuidamos una salvación tan grande? Esta salvación fue anunciada primeramente por el Señor, y los que la oyeron nos la confirmaron. A la vez, Dios ratificó su testimonio acerca de ella con señales, prodigios, diversos milagros y dones distribuidos por el Espíritu Santo según su voluntad.

Dios no puso bajo el dominio de los ángeles el mundo venidero del que estamos hablando. Como alguien ha atestiguado en algún lugar:

«¿Qué es el hombre, para que en él pienses?
¿Qué es el ser humano, para que lo tomes en cuenta?
Lo hiciste un poco menor que los ángeles,
y lo coronaste de gloria y de honra;
¡todo lo sometiste a su dominio!»

Si Dios puso bajo él todas las cosas, entonces no hay nada que no le esté sujeto. Ahora bien, es cierto que todavía no vemos que todo le esté sujeto. Sin embargo, vemos a Jesús, que fue hecho un poco inferior a los ángeles, coronado de gloria y honra por haber padecido la muerte. Así, por la gracia de Dios, la muerte que él sufrió resulta en beneficio de todos.

En efecto, a fin de llevar a muchos hijos a la gloria, convenía que Dios, para quien y por medio de quien todo existe, perfeccionara mediante el sufrimiento al autor de la salvación de ellos. Tanto el que santifica como los que son santificados tienen un mismo origen, por lo cual Jesús no se avergüenza de llamarlos hermanos, cuando dice:

«Proclamaré tu nombre a mis hermanos;
en medio de la congregación te alabaré.»

En otra parte dice:

«Yo confiaré en él.»

Y añade:

«Aquí me tienen, con los hijos que Dios me ha dado.»

Por tanto, ya que ellos son de carne y hueso, él también compartió esa naturaleza humana para anular, mediante la muerte, al que tiene el dominio de la muerte —es decir, al diablo—, y librar a todos los que por temor a la muerte estaban sometidos a esclavitud durante toda la vida. Pues, ciertamente, no vino en auxilio de los ángeles sino de los descendientes de Abraham. Por eso era preciso que en todo se asemejara a sus hermanos, para ser un sumo sacerdote fiel y misericordioso al servicio de Dios, a fin de expiar los pecados del pueblo. Por haber sufrido él mismo la tentación, puede socorrer a los que son tentados.

Por lo tanto, hermanos, ustedes que han sido santificados y que tienen parte en el mismo llamamiento celestial, consideren a Jesús, apóstol y sumo sacerdote de la fe que profesamos. Él fue fiel al que lo nombró, como lo fue también Moisés en toda la casa de Dios. De hecho, Jesús ha sido estimado digno de mayor honor que Moisés, así como el constructor de una casa recibe mayor honor que la casa misma. Porque toda casa tiene su constructor, pero el constructor de todo es Dios. Moisés fue fiel como siervo en toda la casa de Dios, para dar testimonio de lo que Dios diría en el futuro. Cristo, en cambio, es fiel como Hijo al frente de la casa de Dios. Y esa casa somos nosotros, con tal que mantengamos nuestra confianza y la esperanza que nos enorgullece.

Por eso, como dice el Espíritu Santo:

«Si ustedes oyen hoy su voz,
no endurezcan el corazón
como sucedió en la rebelión,
en aquel día de prueba en el desierto.

Allí sus antepasados me tentaron y me pusieron a prueba,
a pesar de haber visto mis obras cuarenta años.

Por eso me enojé con aquella generación,
y dije: “Siempre se descarría su corazón,
y no han reconocido mis caminos.”

Así que, en mi enojo, hice este juramento:
“Jamás entrarán en mi reposo.”»

Cúdense, hermanos, de que ninguno de ustedes tenga un corazón pecaminoso e incrédulo que los haga apartarse del Dios vivo. Más bien, mientras dure ese «hoy», anímense unos a otros cada día, para que ninguno de ustedes se endurezca por el engaño del pecado. Hemos llegado a tener parte con Cristo, con tal que retengamos firme hasta el fin la confianza que tuvimos al principio. Como se acaba de decir:

«Si ustedes oyen hoy su voz,
no endurezcan el corazón
como sucedió en la rebelión.»

Ahora bien, ¿quiénes fueron los que oyeron y se rebelaron? ¿No fueron acaso todos los que salieron de Egipto guiados por Moisés? ¿Y con quiénes se enojó Dios durante cuarenta años? ¿No fue acaso con los que pecaron, los cuales cayeron muertos en el desierto? ¿Y a quiénes juró Dios que jamás entrarían en su reposo, sino a los que desobedecieron? Como podemos ver, no pudieron entrar por causa de su incredulidad.

Cuidémonos, por tanto, no sea que, aunque la promesa de entrar en su reposo sigue vigente, alguno de ustedes parezca quedarse atrás. Porque a nosotros, lo mismo que a ellos, se nos ha anunciado la buena noticia; pero el mensaje que escucharon no les sirvió de nada, porque no se unieron en la fe a los que habían prestado atención a ese mensaje. En tal reposo entramos los que somos creyentes, conforme Dios ha dicho:

«Así que, en mi enojo, hice este juramento:
“Jamás entrarán en mi reposo.”»

Es cierto que su trabajo quedó terminado con la creación del mundo, pues en algún lugar se ha dicho así del séptimo día: «Y en el séptimo día reposó Dios de todas sus obras.» Y en el pasaje citado también dice: «Jamás entrarán en mi reposo.»

Sin embargo, todavía falta que algunos entren en ese reposo, y los primeros a quienes se les anunció la buena noticia no entraron por causa de su desobediencia. Por eso, Dios volvió a fijar un día, que es «hoy», cuando mucho después declaró por medio de David lo que ya se ha mencionado:

«Si ustedes oyen hoy su voz,
no endurezcan el corazón.»

Si Josué les hubiera dado el reposo, Dios no habría hablado posteriormente de otro día. Por consiguiente, queda todavía un reposo especial para el pueblo de Dios; porque el que entra en el reposo de Dios descansa también de sus obras, así como Dios descansó de las suyas. Esforcémosnos, pues, por entrar en ese reposo, para que nadie caiga al seguir aquel ejemplo de desobediencia.

Ciertamente, la palabra de Dios es viva y poderosa, y más cortante que cualquier espada de dos filos. Penetra hasta lo más profundo del alma y del espíritu, hasta la médula de los huesos, y juzga los pensamientos y las intenciones del corazón. Ninguna cosa creada escapa a la vista de Dios. Todo está al descubierto, expuesto a los ojos de aquel a quien hemos de rendir cuentas.

Por lo tanto, ya que en Jesús, el Hijo de Dios, tenemos un gran sumo sacerdote que ha atravesado los cielos, aferrémonos a la fe que profesamos. Porque no tenemos un sumo sacerdote incapaz de compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que ha sido tentado en todo de la misma manera que nosotros, aunque sin pecado. Así que acerquémonos confiadamente al trono de la gracia para recibir misericordia y hallar la gracia que nos ayude en el momento que más la necesitamos.

Todo sumo sacerdote es escogido de entre los hombres. Él mismo es nombrado para representar a su pueblo ante Dios, y ofrecer dones y sacrificios por los pecados. Puede tratar con paciencia a los ignorantes y extraviados, ya que él mismo está sujeto a las debilidades humanas. Por tal razón se ve obligado a ofrecer sacrificios por sus propios pecados, como también por los del pueblo.

Nadie ocupa ese cargo por iniciativa propia; más bien, lo ocupa el que es llamado por Dios, como sucedió con Aarón. Tampoco Cristo se glorificó a sí mismo haciéndose sumo sacerdote, sino que Dios le dijo:

«Tú eres mi hijo;
hoy mismo te he engendrado.»

Y en otro pasaje dice:

«Tú eres sacerdote para siempre,
según el orden de Melquisedec.»

En los días de su vida mortal, Jesús ofreció oraciones y súplicas con fuerte clamor y lágrimas al que podía salvarlo de la muerte, y fue escuchado por su reverente sumisión. Aunque era Hijo, mediante el sufrimiento aprendió a obedecer; y consumada su perfección, llegó a ser autor de salvación eterna para todos los que le obedecen, y Dios lo nombró sumo sacerdote según el orden de Melquisedec.